

An aerial photograph of a beach. The top of the image shows the ocean with greenish waves washing onto a golden sand beach. In the middle of the beach, there are three blue and white striped beach umbrellas, each with two white lounge chairs nearby. The umbrellas and chairs cast shadows on the sand. The title of the book is centered in the upper half of the image.

María Sirvent
Los años impares

The logo for the publisher ESPASA, featuring a stylized lowercase letter 'e' enclosed within a circular shape.

ESPASA

MARÍA SIRVENT
LOS AÑOS IMPARES



ESPASA  NARRATIVA

© María Sirvent, 2019
© Editorial Planeta, S. A., 2020
Espasa Libros, sello editorial
de Editorial Planeta, S.A.

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 952-2020
ISBN: 978-84-670-5817-8

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impreso en España/Printed in Spain
Impresión: Rodesa, S. A.

Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

1

Manolo tiene bigote, barriga, chaleco de camarero y un montón de años. Lleva más de media vida trabajando de camarero y se ve que le cuesta, que sirve las mesas creyendo que es rápido, pero sus muecas de apuro delatan que vivió épocas mejores, que dio servicios de campeonato y que quizás fue así, con una permanente expresión de urgencia en el rostro, como consiguió ligarse a alguna guiri sueca en aquella Mallorca de hace cuarenta años que tanto añora, que ya no existe. Manolo habla inglés, alemán, italiano y francés. Son las siete y media de la tarde y acaba de llegar al bar, y aunque parece algo cansado, mientras le explica al nuevo camarero el sencillo funcionamiento del negocio, se siente algo especial, lejos de casi nada.

A José Antonio, el nuevo camarero, le han dado un chaleco que le queda pequeño, unos pantalones que le quedan cortos y un paseo guiado por las zonas del hotel destinadas para uso exclusivo de los empleados: el pequeño y sofocante comedor sin ventanas, donde las aspas de un ventilador de techo giran y graznan como si fueran cuervos; la sala de las taquillas, donde dos chicas peruanas se ocultan de inme-

diato detrás de una toalla y lo miran a la vez, lo dejan de mirar a la vez y lo ponen nervioso a la vez y donde, por su bien y por el de todos, le recomiendan en voz baja que siempre cierre con llave su taquilla, que no se vaya a dejar nunca la taquilla abierta ni le preste su llave a nadie. A nadie, le vuelven a decir, y le cuentan la historia de Agustín Barrios, un asistente de cocina zamorano que el verano pasado perpetró la última gran rapiña que se recuerda en el hotel (diecisiete móviles, todos los paquetes de tabaco y casi setecientos euros) y de quien no volvieron a saber nada.

José Antonio acoge todas las advertencias con aparente normalidad y se deja guiar a continuación por un laberinto de pasillos asquerosos y desangelados, unos pasillos de paredes enmohecidas por los que circula únicamente el aire de la primavera de 1961, unos pasillos tan mugrientos y tan roñosos que puede que estemos hablando de pasillos fermentados, hasta llegar a los baños de los empleados, donde junto a un retrete sin tapa le informan de que si se le ocurriera encender un cigarro y fumárselo a escondidas saltarían en el acto, en el mismísimo acto de ocurrírsele fumar, en la mismísima antesala del imaginar, las alarmas de incendios y muy probablemente se le caería el pelo.

Después, a modo de premio, lo han montado en el ascensor del personal (sin espejo), del que nadie se fía, salvo Manolo, y en el que todos se montan menos Manolo. «Manolo es un santo, ya lo verás», le han dicho mientras subían, y lo han llevado a la azotea para que viera el bar de la piscina, la espectacular piscina (la instalación estrella), la bahía de Palma, los yates

del puerto deportivo, el azul juntándolo todo y la catedral de Santa María descollando a lo lejos, a su izquierda, subrayada como esa palabra de ese ejercicio de ese test de inteligencia en el que hay que adivinar qué es lo que no pega, el león, el oso polar, el tigre, el mosquito, el ornitorrinco o la bicicleta y, por un momento, a José Antonio le ha parecido que afuera todo era nuevo, que afuera todo brillaba.

—Vamos, José Antonio.

—Voy.

Finalizado el recorrido, se lo han llevado a la planta cero, han atravesado la recepción, un sinfín de luces, han aparecido en el bar (al que llaman El club inglés) y le han presentado a Manolo, al santo de Manolo, que estaba solo detrás de la barra con un chaleco negro y una camisa blanca de manga corta tomándose un café con leche en un vaso de tubo, como le gusta a él, y contento, algo cansado pero contento.

—Es José Antonio, el nuevo.

Manolo le estrecha la mano, se le queda mirando sin saber qué decir y acaba diciéndole: «Joer, qué alto eres, macho». Los dejan a solas, pero antes se despiden de José Antonio con un «que sepas que estás en muy buenas manos» y de Manolo con un «enga, Manolo».

José Antonio no sabe qué es lo que tiene que hacer, espera instrucciones pero no llegan, no llegan las instrucciones, qué tengo que hacer. Manolo sigue mirándolo mientras se toma el cortado y le dice que es muy alto, la virgen puta, altísimo, «pero joer, qué alto eres, macho, menudo varal, en la tele no parecías tan alto», y José Antonio se siente ridículo con ese pantalón que

deja sus calcetines al descubierto. Por fin, Manolo reacciona.

—A ver, ¿tienes abridor?

—No, qué va, no tengo.

—Ya lo sabía yo... Espera, que te busco uno.

—Vale.

Manolo desaparece por una puerta que da a una cocina (un escondrijo mínimo donde hay una plancha sucia y una freidora de dos canastillas) y al poco regresa a la barra con un abridor resplandeciente sobre el que reposan unas letras plateadas que dicen «Barbadillo».

—Mira. Está sin estrenar.

—Gracias, Manolo.

—No lo vayas a perder, ¿eh?

—No, no.

—Eres el responsable de este abridor. Eres su dueño.

—Vale.

—Le buscas un sitio, este cajón, por ejemplo... Es que todo el mundo pierde los abridores. Con lo fácil que es buscarle un sitio. Mira. —Se sube un poco el chaleco y aparece una funda de cuero enganchada al pantalón, de la que saca un abridor—. Este es el mío. Llevo treinta años con este abridor y no lo he perdido.

—¿Con el mismo abridor?

—Pues sí, hijo, sí, con el mismo abridor.

—¿En serio?

—Pues claro.

—Vaya...

—A mí me dieron este abridor y me dijeron: «No lo pierdas, Manolo, que no hay más». Y aquí lo tienes, como nuevo.

—Es verdad, parece nuevo.

—Pues claro, porque lo cuido.

—Claro.

—Luego veo a todos los camareros buscando sus abridores, pidiéndose los abridores unos a otros, dejándolos en cualquier parte. Y vienen los tíos y me piden que les deje el mío: «Manolo, Manolo, déjame tu abridor un segundo». Y yo les digo: «No, que me lo pierdes. ¿Yo? Los cojones te voy a dar». ¿Qué dices? Yo no le dejo mi abridor a nadie. A nadie, macho. La Jimena, que ahora la conocerás, ya ha perdido el suyo, para que veas. Se lo di la semana pasada y ya lo ha perdido. Ayer me pidió otro. Mucha carrera de Derecho y mucho máster en no sé qué, pero le das un abridor y lo pierdes.

—Vaya.

—Y se lo había dicho bien clarito: «Jimena, búscale un sitio, búscale un sitio, no lo vayas a perder». Pero nada.

—Ya...

—Ahora la conocerás, está al llegar.

—Vale, vale.

Manolo se queda pensativo, contempla su abridor durante unos segundos y le dice:

—Tú no habías nacido y ya tenía yo este abridor... ¿Cuántos años tienes?

—Treinta y cinco.

—¿Lo ves?

—¿El qué?

—Tú hazme caso, si quieres ser un buen camarero, lo único que tienes que hacer es buscarle un buen sitio a tu abridor. Eso es así de simple. Aquí o en tu casa,

donde tú quieras, pero que esté bien guardao. Lo demás viene solo, se aprende sin sentir, ya lo verás. Es como todo.

José Antonio no ha sabido qué contestarle. Él no quiere ser un buen camarero, ni siquiera se plantea ser un camarero aceptable o regular. Él tiene muchas ganas de fumar y está en Palma de Mallorca, en el bar o club de un hotel de tres estrellas flojas que en un par de horas se llenará de viejos y aparatosos alemanes, vestido con un chalequillo negro de rayas grises y un pantalón que le aprieta los huevos por culpa de Nieves, Nieves, Nieves.

—Manolo...

—Dime.

—¿Puedo echar un cigarro?

—Vete al baño, anda.

—¿Y las alarmas? Me han dicho que saltan las alarmas ahí si fumas.

—¿Qué dices? ¿Qué alarmas? ¿Estamos tontos? Anda, vete a fumar al baño y vuelve rápido, hombre.